

Tirso Rafael Córdoba y su *Manual de literatura hispano-mexicana* (1879): entre las letras mexicanas del siglo XIX

Tirso Rafael Cordoba's *Manual de literatura hispano-mexicana* (1879): Among 19th-Century Mexican Literature

Alejandro Palma Castro

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México

ID: <https://orcid.org/0000-0002-8414-7602>

alejandro.palmac@correo.buap.mx

Maïté Claire Abadie

Université de Poitiers, Francia

ID: <https://orcid.org/0009-0008-3634-1030>

maite.abadie004@gmail.com

RESUMEN

¿Cuál fue el legado de Tirso Rafael Córdoba para las letras mexicanas? Para contestar tal pregunta fue necesario reconstruir su biografía a partir de la recopilación y del análisis de sus diversos escritos, así como contextualizar el siglo XIX para comprender mejor el discurso dominante de la época y suponer por qué cayó en el olvido este ilustre autor. Tirso Rafael Córdoba —autor, poeta, historiador, traductor, abogado, soldado, jefe político, educador y sacerdote— fue una personalidad influyente de la segunda mitad del siglo XIX. En el caso de las dos obras de carácter histórico que redactó: *El Sitio de Puebla: apuntes para la Historia de México, sacados de documentos oficiales y relaciones con testigos fidedignos* (1863) e *Historia elemental de México* (1881), el autor, en su carácter de historiador y educador, planteó un trabajo que vislumbraba a las siguientes generaciones en un país que buscaba definirse políticamente; este último papel también resalta en su *Manual de literatura hispano-mexicana*. Las ideas conservadoras y afrancesadas de Córdoba que se perciben desde la lectura detenida de sus obras permiten redimensionar un periodo convulso no solamente en el campo de batalla o en el congreso, sino en el desarrollo de la educación y la cultura. El de Córdoba resultó un modelo relegado y olvidado conforme se afianzó una imagen republicana y liberal de México.

PALABRAS CLAVE

Tirso Rafael Córdoba, *Manual de literatura hispano-mexicana*, siglo XIX, literatura mexicana, literatura en Puebla.

ABSTRACT

What was the legacy of Tirso Rafael Córdoba for Mexican letters. To answer this question, it was necessary to reconstruct his biography from the compilation and analysis of his various writings in context of the nineteenth century in order to have a better understanding of the dominant discourse of this period – and why this illustrious author has fallen into oblivion. Tirso Rafael Córdoba —author, poet, historian, translator, lawyer, soldier, political leader, educator and priest— was an influential person who lived in the second half of the 19th century. In the case of the two publications of a historical nature that he wrote: *El Sitio de Puebla: apuntes para la Historia de México, sacados de documentos oficiales y relaciones con testigos fidedignos* (1863) and *Historia elemental de México* (1881), it's important to consider the work of a historian and educator for the following generations in a country that is looking for a political definition. We can also see this role in his works of literature, like his *Manual de literatura hispano-mexicana*. The conservative and french-influenced ideas of Córdoba that are perceived from the careful reading of his books allow to resize a convulsive period not only in the battlefield or in the congress but also in the formation of education and culture. Córdoba's education perspective turned out to be a relegated and forgotten approach while a republican and liberal image of Mexico was consolidated.

KEYWORDS

Tirso Rafael Córdoba, *Manual de literatura hispano-mexicana*, nineteenth century, Mexican literature, Puebla's literature.

RECEPCIÓN: 20/04/2022

ACEPTACIÓN: 29/06/2022

Écrire une biographie, ce n'est pas livrer en pâture une succession uniforme de détails intimes, mais chercher, par le témoignage et l'enquête... à faire comprendre à qui l'on a affaire.¹

Bernard Violet

En una nota sobre la *Biblioteca de autores mexicanos* de Victoriano Agüeros, escribía Alfonso Reyes en 1912:

¹ “Escribir una biografía, no es dejar a la merced una sucesión uniforme de detalles íntimos, sino buscar, mediante el testimonio y la investigación... cómo entender a quien nos estamos enfrentando” (Traducción de Maité Claire Abadie).

Copiada, en el tamaño y forma de imprenta, de la *Colección de Escritores Castellanos* que desde hace años se publica en Madrid, salió el primer tomo en 1896. Frágiles en la costura, defectuosos en la impresión, los ejemplares resultan poco atractivos a los ojos, y, por desgracia, no contentan más el entendimiento. Ante todo y para ser justos, Agüeros debió haber llamado su colección: *Biblioteca de Autores Católicos Mexicanos*. Sólo por motivos personales o de pública oportunidad la puerta del editor apareció, momentáneamente, más hospitalaria; y en estos bostezos del criterio dogmático, se deslizaron hacia la colección los tomos del Ministro Baranda y de Altamirano —este último, probablemente, al amparo de una sombra amiga, la de don Joaquín D. Casasús. Para la generación de Agüeros no había sonado aún la hora de la objetividad crítica. Las anticipaciones de Riva Palacio, en este sentido, son notables y son plausibles (Reyes, 1996: 288).

Este juicio demoledor no es sino un botón de muestra del criterio con el cual accedió la filología mexicana a sus letras antecedentes del siglo XIX. La literatura mexicana, que aún habría de reafirmarse en su vocación republicana al término de la Revolución, se ciñó, incluso para lectores de amplio criterio y erudición como el mismo Alfonso Reyes, a un apretado catálogo de nombres y obras que hemos perpetuado casi sin cuestionar y revisar.

Traemos a colación también esta nota de Reyes porque alude al primer biógrafo de Tirso Rafael Córdoba.² De no haber sido por Agüeros seguramente se habrían perdido varios datos relevantes del autor y la reconstrucción de su vida y obra habría sido casi imposible. Es que, en aras de esa “objetividad crítica”, la posición activa que tomó Córdoba como articulista, docente y funcionario durante la guerra de Reforma y la Intervención francesa desde el bando conservador-católico fue sepultando paulatinamente sus contribuciones a las letras nacionales. Entre ellas, el *Manual de literatura hispano-mexicana* (1879) destaca por ser el primero que utilizó como literatura ejemplar a escritores mexicanos del siglo XIX. El preceptista pondera su propósito:

Pero si existe esa literatura patria que un feliz y rápido movimiento impulsa de algunos años á esta parte ¿por qué no hay todavía un libro que, aplicando los preceptos generales á nuestra literatura, y presentando á la juventud escogidos modelos de nuestros prosadores y poetas, contribuya a la formación y corrección del gusto literario, excite la curiosidad de conocer á fondo nuestros autores, fomente el noble anhelo de seguir sus huellas y robustezca así el amor á la patria con el incentivo de las glorias nacionales? (Córdoba, 1879: IV).³

² La ficha biográfica dedicada a Córdoba se encuentra en el tomo de Agüeros referido por Reyes, al cual se agregarán un par de notas sueltas en otro tomo de las obras completas de Agüeros; además, fue la primera semblanza sobre el autor aún en vida. Posteriormente, Enrique Cordero y Torres la complementará con mayores datos en *Poetas y escritores poblanos* (1943).

³ Se reproduce el texto fielmente cada vez que se cita del original de 1879.

Se trata, entonces, de un caso de estudio interesante para abreviar en aquellas letras mexicanas del siglo XIX que aguardan por una detenida lectura, a partir de la cual pueda comprenderse mejor la compleja realidad cultural y social sin sujetarse a una historia maniquea entre liberales y conservadores.⁴ En el presente artículo nos proponemos brindar una semblanza de Tirso Rafael Córdoba para aportar nuevos datos a la nota de Agüeros⁵ y contextualizar su obra literaria y didáctica como producto de una mentalidad propia de su tiempo en el afán de contribuir a la conformación de una literatura nacional. En particular, la revisión del *Manual de literatura hispano-mexicana* nos ofrece elementos para conciliar una prejuiciada imagen del pensamiento católico y conservador del siglo XIX en México. Esta obra se emprendió desde una búsqueda humanista de un modelo ejemplar para la naciente literatura mexicana, guiada más por un sentido del buen gusto y decoro que por las pugnas políticas del momento.

1. Vida de Tirso Rafael Córdoba

Tirso Rafael Córdoba fue escritor, docente, juez, periodista y un convencido humanista; miembro de número de la Academia Mexicana de la Lengua en 1881.⁶ Nació en Zinapécuaro, Michoacán, el 28 de enero de 1838 y falleció en la ciudad de Puebla el 14 de diciembre de 1889. Agüeros destaca entre sus antecedentes literarios a su abuelo paterno, Ignacio Fernández de Córdoba, uno de los primeros fabulistas del México independiente.⁷

⁴ La historia y la literatura de México durante el siglo XIX se han reducido, en su forma más popular y divulgada, a una pugna entre liberalismo y conservadurismo, con la descalificación hacia este último. Uno de los primeros trabajos dedicados a profundizar en la historia de estas ideas, más diversas y complejas, es el de Edmundo O’Gorman, *México: el trauma de su historia* (1997).

⁵ La mayoría de dichos datos corresponden al trabajo de tesis doctoral que ha realizado Maité Claire Abadie sobre Tirso Rafael Córdoba y sus obras de corte histórico: *El Sitio de Puebla* (1863) e *Historia elemental de México* (1881). Este artículo se escribe con el material de investigación de Maité Claire Abadie más otras consideraciones que no fueron incluidas en la tesis dada la temática que se abordaba (véase Abadie, 2019).

⁶ A la muerte de Manuel Orozco y Berra en 1881, Alejandro Arango y Escandón, director de la Academia, Ramón Isaac Alcaraz y Joaquín García Icazbalceta propusieron que su lugar lo tomara Tirso Rafael Córdoba. Su ingreso se debió no solo a su reconocimiento como literato, sino también a que tanto Arango como Córdoba compartieron un maestro en común, Manuel Carpio, de quien heredaron el interés en incorporar a los clásicos grecolatinos a la literatura nacional.

⁷ Señala también que fue médico de Miguel Hidalgo al unirse a la causa en Valladolid.

Su instrucción comenzó en el Seminario de Morelia, donde adquirió amplios conocimientos humanísticos gracias a una sólida enseñanza clásica. Esta formación lo convertiría en uno de los más importantes catedráticos y preceptistas de su tiempo. José Luis Martínez, en sus *Semblanzas de académicos*, comenta el impacto que tuvo esta educación en Córdoba:

Seminario de Morelia, fuente fecunda, desde tiempo inmemorial, de la cultura grecorromana tuvo ahincados afanes en propagarlos, y comunicarlos. Su prudencia reposada, su intuición certera, su constante voluntad, su desinteresada afición a la enseñanza, su decidido amor a la juventud y, en suma, su noble deseo, trasladado a los hechos tan pronto como le era dable, de elevar la cultura de las escuelas, son virtudes cívicas que le vienen de esa hondura de alma que adquirió al paso de su experiencia de hombre cabal (Martínez, 2004: 124).

En 1855, el entonces rector del Seminario de Morelia, Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, fue nombrado obispo de Puebla de los Ángeles y se llevó con él a Córdoba para que se desempeñara como profesor del Seminario Palafoxiano en la cátedra de Francés: “ganada en una oposición; pero perdió toda esperanza de alcanzar el logro de sus deseos, pues el poder constitucional ponía infinitas trabas á los que habian hecho sus estudios en colegios del clero. D. Tirso entonces se dedicó al profesorado y á la enseñanza de la juventud” (Agüeros, 1880: 134).⁸ También, con el apoyo del nuevo obispo de Puebla, ocupó otros puestos, entre ellos, el de secretario particular de este: “En efecto, al Ilmo. Sr. Arzobispo, Dr. D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos debe el Sr. Córdoba, como él dice, —‘no solo su carrera social y literaria, sino los oficios del más tierno y cariñoso padre’” (Agüeros, 1880: 130). Por eso, Puebla fue un lugar donde el autor se desarrolló profesionalmente y cumplió muchas de sus ambiciones literarias. Basta constatarlo con las numerosas referencias que hace a la ciudad en *Historia elemental de México* y con la obra que le dedica al recordar su sitio por parte del ejército francés en 1863. Asimismo, en ese estado se tienen fechadas, en 1853, sus primeras incursiones en la prensa como poeta y articulista. Posteriormente, trabajó como maestro en el Seminario Conciliar de México en 1857 y fundó un colegio en Tacubaya; también dio clases en otras instituciones, como en el Liceo Carpio. En 1859, estudió leyes en el Colegio de San Ildefonso, dirigido entonces por Sebastián Lerdo de Tejada (Agüeros, 1880: 134), aunque se recibió en Puebla en 1864.

En 1971, fue colaborador y luego director de *La Idea Católica*, resaltando su trabajo como miembro activo de la Sociedad Católica en la sierra norte de Puebla: “También ha sido repetido con honra por periódicos liberales el nombre del Sr. Lic. D. Tirso Rafael Córdoba,⁹ jefe político de Teziutlan, uno de los miembros más activos de la Sociedad Católica, y persona adicta enteramente á los principios religiosos”

⁸ Se reproduce el texto fielmente cada vez que se cita del original de Agüeros.

⁹ Se reproduce el texto fielmente cada vez que se cita del original de 1874.

(Córdoba, 1874: 4). De dicha época datan *Las cartas a Fausto*, publicadas bajo el pseudónimo de “El cura de la Sierra” en *La Voz de México*, periódico donde se agrupaban los conservadores vencidos en la anterior guerra de intervención francesa. En su paso por la región, fundó un colegio preparatorio en Zacapoaxtla. Durante el imperio de Maximiliano, residió en la Ciudad de México, donde desempeñó un cargo de funcionario, al lado de personajes como José Fernando Ramírez, ministro de Negocios Extranjeros, y Pedro Escudero y Echánove, ministro de Justicia. En 1878, tras el fallecimiento de su esposa, regresa a Morelia para ordenarse como sacerdote.

2. Poesía y otras obras literarias

Su incursión pública en la poesía comenzó a conocerse a partir de 1853.¹⁰ Su producción se reunió en el tomo *Poesías* (1874) y, posteriormente, se aumentó en una segunda edición en 1878. Al examinar estos textos, se puede pensar en un poeta que compone, como la mayoría de los vates del siglo XIX, desde sus circunstancias inmediatas; para Córdoba, estas son lo religioso, lo patriótico, su entorno familiar y amistades con quienes celebra, desde una composición, ciertos motivos especiales o escribe para algunos álbumes. Si bien acude con frecuencia al soneto, su repertorio métrico es variado y hace evidente el conocimiento del oficio: octava real, octavilla, silva, villancico, quintilla, cuaterna vía, lira, estrofa sáfica, etc. Esta diversidad, además, nos remite a una cercanía con las principales fuentes clásicas, como apunta en alguno de sus poemas:

[...]
Y si de gloria en mi agitado sueño
Alguna vez para ceñir mi frente
Con laurel inmortal, formé atrevido
El temerario empeño
De hacer dar á mi lira el son valiente
De la lira de Píndaro divino,
O el de la que tañera el Venusino
Dejando absorta á la romana gente;
[...] (Córdoba, 1874: 107)

Lo divino se manifiesta desde la alabanza a distintas figuras y motivos religiosos donde la virgen ocupa un lugar destacado. En lo patriótico, la Independencia mexicana, con diversos eventos y personajes, es el tema central de sus composiciones. Des-

¹⁰ Queda pendiente revisar la prensa moreliana en busca de sus primeras publicaciones, ya que nos basamos en lo que Agüeros escribió de su poesía, la cual empezó a conocerse a partir de 1853 donde menciona el saludo a su tierra natal, Morelia. El saludo se encuentra recopilado en la obra *Escritores mexicanos contemporáneos* de Victoriano Agüeros (1880: 133).

taca el hecho de que, a pesar de vivir otros tiempos convulsos como la intervención estadounidense, la guerra de Reforma o la invasión francesa, no hubiera escrito poemas alusivos desde su ideología particular. En lo más íntimo, varios poemas permiten realizar un recuento biográfico del autor, pues existen piezas a su madre, dedicatorias a su esposa, hijos y amistades. Asimismo, destaca el hecho de que mucha poesía sea por encargo, ya fuera para algún evento en específico o para algún álbum. Esto nos permite inferir que hubo cierto grado de aceptación y reconocimiento de Córdoba durante su época. Agüeros también apunta: “La Ilustración Española y Americana de Madrid, dio en 1875 el retrato del Sr. Córdoba, acompañado de muy lisonjeros elogios a sus versos” (Agüeros, 1880: 131); “consagraba su pluma á la defensa de los principios sociales en unión de los Martínez, Terceros, Gómez, Ugartes, Belauzarán, Cardellach y otros, que han conquistado justa nombradía, y algunos de los cuales aún hoy son dignos mantenedores de la buena causa” (Agüeros, 1880: 133).

Quizás las obras que causaron más revuelo durante su época fueron dos: *Cartas a Fausto, escritas desde un pueblo de la sierra del norte de Puebla, por el cura de aquel lugar* (1871) y *El Sitio de Puebla* (1863). La primera es un compendio de seis cartas escritas por Córdoba, bajo el pseudónimo de “El cura de la Sierra”, como respuesta a Ignacio M. Altamirano, quien, entre enero y febrero de 1871, publicó en *El Federalista*, en su sección “Bosquejos”, una reflexión sobre la escuela libre como producto de la Ley Orgánica de Instrucción Pública de 1867. Altamirano acusó a la Iglesia católica de haber dominado la enseñanza de la sociedad bajo el catecismo del padre Ripalda, sumiendo al pueblo en la ignorancia. El debate cobró importancia, pues la postura de Córdoba —de quien en un inicio se desconocía su verdadera identidad— conjuntó la defensa católica y conservadora de procurar educación. La respuesta de este se publicó como “Carta a Tartufo”, también en *El Federalista*, y posteriormente se sumó a la polémica Ignacio Ramírez. Agüeros perpetuó este pasaje de la siguiente manera:

Un escritor liberal, de talento y crecida influencia entre los literatos de su partido, publicaba unos artículos con el título de Bosquejos, en los cuales censuraba acremente y ridiculizaba con saña, el sistema antiguo de enseñanza, más por ser religioso que por otra cosa: ponía en caricatura á los eclesiásticos y á los maestros de escuela de aldea; se desataba en improperios contra el Padre Ripalda y su Catecismo; pedía la completa abolición de ese tema, y aconsejaba la persecución de los que todavía lo practicaran; finalmente, concluía proclamando sus ideas acerca de tan delicada materia, describiendo al mismo tiempo la escuela tal como á su juicio debe existir en el siglo XIX, la escuela modelo, como él la llamaba Odiosidad contra la religion y el clero católico, y no un estudio imparcial y severo de la instruccion pública en México, revelaban aquellos artículos; y la injusticia con que el autor procedía en sus juicios, causaba en los corazones la más amarga indignación.

El Sr. Córdoba salió á la defensa de la verdad, y se puso enfrente de aquel escritor, que de una manera tan infundada, atacaba instituciones venerables: rebatió una á una, todas sus ideas, con caballerosidad, con calma, con gran acopio de razones y de erudición

literaria, filosófica é histórica. Su crítica fué fina y aguda, sus sátiras oportunas y de buen gusto, sus razonamientos lucidos y vigorosos, fundados todos en la enseñanza de los más acreditados filósofos y de los más entendidos publicistas; en una palabra, deshizo con gran habilidad todos los conceptos de su contrario, y lo venció en buena lid. Y fuese que el escritor liberal no encontrara ya razones que oponer; fuese que por aquellos momentos hubiese decidido abandonar el periodismo, la verdad es que guardó silencio y se retiró de la lucha, sin que en mucho tiempo volviera á tomar la pluma. Fué éste un gran triunfo para el Sr. Córdoba, que todavía se recuerda en México con agrado por los que lo presenciaron (Agüeros, 1880: 141-142).

Lo cierto es que la discusión se diluyó ante el clima que se imponía por las elecciones de julio de 1871 y la pretensión de Juárez de reelegirse.

El Sitio de Puebla fue publicado cuatro veces: las dos primeras por la misma editorial, J. M. Vanegas,¹¹ una en 1863 y la otra en 1892; la tercera por José M. Cajica Jr., en la editorial Cajica en 1970,¹² y la cuarta en 1984 por la editorial Innovación.¹³ Esta última quizás fue la que motivó, en septiembre de 2013, al arqueólogo Arnulfo Allende Carrera a escribir una reseña sobre *El Sitio de Puebla* en el número 13 de *Dualidad*, donde señala ciertas inconsistencias entre la historia oficial y el hecho histórico. Cabe recordar que hasta hoy son escasos los trabajos sobre Tirso Rafael Córdoba y su obra;¹⁴ no obstante, se puede mencionar que Luis Chávez Orozco, reconocido a nivel nacional por narrar la historia oficial de México, refiere en su bibliografía la obra de Córdoba.

¹¹ J. M. Vanegas fue una editorial poblana ubicada en la calle del Deán que hoy corresponde a la avenida 5 Oriente.

¹² La editorial Cajica perteneció a José María Cajica, quien nació el 9 de noviembre de 1916. Estudió en la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, se tituló de abogado, notario y actuario el 4 de diciembre de 1940. Cursó un posgrado en Francia y un doctorado en la Universidad Nacional Autónoma de México. Fundó y dirigió la editorial Cajica entre 1933 y 1996. Su editorial sigue en función y se ubica en la calle 19 Sur.

¹³ Nos parece que estas últimas dos ediciones carecen de un cuidado editorial y crítico pertinente dado el carácter divulgativo que las anima.

¹⁴ Gastón García Cantú, en su compilación *El pensamiento de la reacción mexicana. Historia documental*, realiza también una crítica demoledora a Córdoba en la nota introductoria al fragmento que copia de *El Sitio de Puebla*: “Sería Tirso Rafael Córdoba —latinista, poeta menor, académico y sacerdote— quien dejara testimonio de cómo juzgaban los reaccionarios la batalla del 5 de mayo y la defensa de Puebla, en 1863 [...] cuenta aquella historia al revés” (García, 1987: 94); y más adelante pregunta: “¿Cómo pudo darse una mentalidad como la de Tirso Rafael Córdoba? La respuesta habría que intentarla examinando la educación antinacional que ya recibían los jóvenes en 1863, en el desprecio a su país en cuanto democracia, en la oposición a las instituciones de la República, en cuanto republicanas: en una educación basada en lecciones raciales, en delirios imperiales y depósitos tardíos de latinidad: de una conciencia oscurecida por el *Syllabus*” (García, 1987: 95). Dicho juicio nos parece relevante para argumentar más adelante sobre los manuales que dejó Córdoba.

Sin embargo, no se ha realizado un estudio comparativo profundo entre fuentes históricas que hablen sobre el sitio de Puebla.

En esta obra Córdoba es a la vez autor y testigo de dicho momento histórico; se apoya en fuentes visuales (litografías, plano topográfico de la ciudad de Puebla) y, como lo menciona desde el título completo, *El Sitio de Puebla: apuntes para la Historia de México, sacados de documentos oficiales y relaciones con testigos fidedignos*, retoma fuentes oficiales y recurre a testigos de la época. En un uso magistral de la retórica, Córdoba crea una obra legítima, verídica y puntual de no ser porque el aplastante discurso histórico liberal mexicano no ha dejado lugar a la posibilidad de otra verdad, la cual, aún en estos tiempos, perpetuamos.

Otra peculiaridad de este recuento histórico es la trascendencia que tuvo en Francia. Albert Hans, en su trabajo titulado *La guerre du Mexique selon les mexicains* (1899), hace una mención de *El Sitio de Puebla*:

Toutefois, M. Tirso Rafael Cordoba, dans le Siège de Puebla, a bien dit quelque chose, mais à un point de vue inattendu. Habitant de la ville et ex-fonctionnaire du gouvernement renversé par Juárez, il a reproduit les impressions d'un assiégé ennemi des défenseurs.

Rien de semblable n'existe dans la littérature enfantée par la défense de Saragosse. Dans cette ville, les Français et leurs alliés, les Josefinos (Espagnols partisans du roi Joseph frère de Napoléon), ne comptaient pas un ami; à Puebla, au contraire, nombre de citoyens, à l'exemple de M. Tirso Rafael Cordoba, faisaient des vœux pour le triomphe des assiégeants (Hans, 1899: 20-21).¹⁵

En este libro se presenta la intervención francesa desde fuentes mexicanas. Otra prueba de que nuestro autor era conocido en el país galo, se encuentra en la obra que tradujo del canónigo y vicario francés Claude Arvisenet, *Pain pour la communion* (1883), la cual fue publicada también por la editorial mexicana J. Valdés y Cueva el mismo año en México, aunque no se han ubicado ejemplares. Sus contactos franceses fueron diversos, ya que también dedicó su obra *El Sitio de Puebla* al emperador Maximiliano en una edición inédita realizada por Vanegas en 1863 y que se encuentra en la Biblioteca Nacional de Francia.¹⁶

¹⁵ “Sin embargo, el señor Tirso Rafael Córdoba, en *El Sitio de Puebla*, ha dicho alguna cosa, desde un punto de vista inesperado. Habitante de la ciudad, exfuncionario del gobierno derribado por Juárez, ha reproducido las impresiones de un sitiado enemigo de los defensores. Nada semejante existe en la literatura engendrada por la defensa de Zaragoza. En esta ciudad, los franceses y sus aliados los josefinos (españoles partidarios del rey José, hermano de Napoleón), no contaban con un amigo; en Puebla, al contrario, numerosos ciudadanos, a ejemplo de Tirso Rafael Córdoba, hacían votos por el triunfo de los asaltantes” (Traducción de Quirarte, 1970: 224).

¹⁶ Esta obra llegó allí gracias a un donativo del conde de Charencay el 26 de enero de 1898. El exlibris grabado del conde figura en la portadilla de la obra. Los datos completos se consignan en el apartado de referencias.

Integran su obra, además, dos manuales publicados originalmente para los estudiantes de la Sociedad Católica de Puebla “Liceo Carpio”: el *Manual de literatura hispano-mexicana* (1879) y la *Historia elemental de México* (1881).¹⁷ Como del primero nos ocuparemos en el siguiente apartado, pasamos a describir el segundo de manera breve.

Historia elemental de México fue publicado dos veces por la misma editorial, Juan Valdés y Cueva (1881 y 1892).¹⁸ Se trata de un manual de historia muy didáctico en su forma, lo cual se destaca con la presentación misma del libro. Al abrirlo, en la primera página, aparece el título de la obra, luego la introducción y después una repartición en lecciones. Se anotan dos lecciones para la introducción. Debajo de cada título, escrito en cursiva, se hace una breve descripción de lo que se presentará en dicha lección. Con esta composición, se puede percibir que *Historia elemental de México* acude a ciertas estrategias retóricas que le permiten transmitir una visión nacional desde la ideología conservadora, bajo el prisma de la persuasión. El libro consta de cuatro partes y nos narra la historia de México desde las civilizaciones precolombinas hasta la Independencia de México (y los acontecimientos que ocurrieron hasta la fecha en la que se redactó): en primer lugar, la “Historia antigua”; en segundo, la “Conquista de México”; luego, la “Dominación española”, y para concluir, la “Independencia mexicana y sucesos posteriores hasta nuestros días”. Cada parte se divide en “lecciones”: la primera consta de diecisiete, la segunda de doce, la tercera de diez y la última de veinticuatro, esta última corresponde al tiempo en el que vivió Córdoba, lo que podría justificar su extensión en comparación con las demás partes. Debajo de cada lección están los términos clave que se abordarán; por ejemplo, en la primera parte (Historia antigua), lección III, dice: “Primeros pobladores de América. — Su origen. — Cuándo y cómo vinieron al Nuevo-Mundo. — Primeros pobladores del Anáhuac. — Los Toltecas. — Sus peregrinaciones y fundaciones hasta su definitivo establecimiento en Tollan ó Tula” (Córdoba, 1892: 9).¹⁹

La lección aparece de forma muy didáctica, lo que recuerda a obras más tradicionales, como las de los filósofos que enseñaban mediante un diálogo. Córdoba hace una pregunta y luego aporta una respuesta, casi siempre muy breve, lo que resalta la importancia del título al hablar de una historia “elemental”. Según la RAE, el térmi-

¹⁷ Es importante recordar que luego de la restricción a la Iglesia y a los conservadores de participar en la política y la enseñanza, las sociedades católicas fueron, paulatinamente, recuperando posiciones durante la primera presidencia de Porfirio Díaz. Esto habría alentado a personalidades como Córdoba a generar un nuevo proyecto educativo que hiciera frente a la educación liberal, y, en ese sentido, esos dos manuales representan un testimonio de ello.

¹⁸ La editorial Juan Valdés y Cueva estaba ubicada en la primera calle de la Providencia, número 18, en la Ciudad de México; hoy sigue existiendo con el nombre de Plaza y Valdés y se encuentra en la calle Manuel María Contreras.

¹⁹ Se reproduce el texto fielmente cada vez que se cita del original de 1892.

no “elemental”, en su segunda acepción, significa “fundamental, primordial”. Pero según una definición más clásica, como la que propone el diccionario *Le Littré*, en su tercera acepción, refiere a los principios de un arte o de una ciencia. Si tomamos esta definición clásica del término “elemental”, es lógico entender la obra de Córdoba como un tratado primario, en el que, además, se da un valor educacional, un toque novedoso en cuanto a su manera de narrar la Historia. Al examinar esta obra, se puede considerar también como manual histórico, ya que se elaboró con fines educativos, y con estos primeros elementos de análisis, es posible esbozar la perspectiva de redacción utilizada por Córdoba: una escritura que, entre líneas, vislumbra una ideología conservadora, de la cual se hablará en el siguiente apartado.

Finalmente, otros de sus trabajos son las traducciones, entre las que se encuentran: *Cuentos de Navidad* de Charles Dickens —ignoramos si se basó en la fuente original en inglés o tradujo del francés, que es la lengua que conocía bien—. Versiones de obras religiosas, como *La moral filosófica antes y después del Evangelio* de Carlos Daniel. También tradujo de un anónimo francés *La oración de un anciano*, del que Agüeros nos dice que: “no se sabe qué admirar más, si la tierna melancolía y dulce piedad de las ideas, o el tono, el colorido, el armonioso conjunto de la corrección del lenguaje y de la inspiración poética” (Agüeros, 1880: 140). Otra traducción religiosa es *Oraciones para la comunión. Preparaciones y oraciones de gracias. El pan de los escogidos ó preparaciones y acciones de gracias para el uso de las personas que tienen sus delicias en la frecuente comunión y en visitar al santísimo sacramento* del canónigo y vicario general de Troyes, el francés Claude Arvisenet.²⁰ Asimismo, realizó el prólogo a las *Poesías* (1876) de Manuel Pérez Salazar y Venegas. Otros escritos religiosos fueron el devocionario *Lavalle Mexicano* y su “Oración fúnebre que en elogio del rey de España D. Alfonso XII pronunció en el templo del Carmen de Celaya, el 20 de enero de 1886, el Sr. cura de Salvati”.

No obstante, quedan algunos trabajos esparcidos en las diversas publicaciones en las que participó y los cuales no han sido reunidos. Gracias a la investigación doctoral de Maïté Claire Abadie se han podido recopilar las siguientes: un discurso histórico, “Discurso pronunciado en la ciudad de Teziutlán de Mejía, 16 de septiembre de 1872”, y tres poemas en el *Periódico Oficial del Gobierno del Estado de Puebla*: “Poema de Manuel M. Flores, Puebla, febrero 24 de 1873”,²¹ “Llanto del Corazón. En el álbum de la Señorita Soledad Pérez Salazar” y “Felicidad. Escrito para la señorita Clementina Thèvenard”, que también se encuentran en su poemario *Poesías* de

²⁰ Obra que ya no se encuentra en México porque fue comprada por la Biblioteca Nacional de Francia a finales del siglo XIX, debido, en parte, a la promoción que hizo de ella la editorial española P. Brégi.

²¹ Este poema es inédito, ya que no se encuentra en ninguna de las dos ediciones de *Poesías* de Córdoba.

1874. Se espera que el interés por la época y estos autores poco recordados aliente la investigación en otras publicaciones.

3. El *Manual de literatura hispano-mexicana*

Como hemos dicho previamente, esta preceptiva se vuelve particular porque, a diferencia de otras, Córdoba cita como ejemplo las obras de escritores de la naciente literatura mexicana. Hasta entonces, este tipo de manuales enseñaban a partir del modelo de los clásicos grecolatinos, solazándose en la gloria literaria del Siglo de Oro español. Esta tradición castiza reconocía en el Renacimiento, y parte del Barroco, la época de mayor altura de la lengua española en la literatura. Por ello, el término “hispano-mexicana” tiende a hacer énfasis en la continuidad de dicha lengua. Si bien Córdoba había incorporado algunos autores neoclásicos y pocos románticos a su obra, la estrategia parecía encaminarse a señalar el punto de partida de una literatura contemporánea que buscaba emular el culmen de la lengua literaria castellana. La preceptiva cumplía un papel fundamental en la instrucción de lectores, oradores y escritores porque dictaba los cánones del decoro en la expresión literaria, siempre regulada por reglas y procedimientos establecidos. En el estudio de la buena literatura no se formaba únicamente a los escritores, sino a una sociedad, como advierte Córdoba en su nota inicial:

La literatura, en efecto, alimenta y nutre, fortifica y eleva nuestro espíritu con los conocimientos que han allegado las generaciones; forma nuestro corazón para el bien con altas y provechosas enseñanzas; y, por consiguiente, influye de un modo poderoso en el destino de las sociedades, de cuyos intereses, pasiones, costumbres, tradiciones y creencias es el más vivo reflejo (Córdoba, 1879: iv).

Este manual se concibe como un trabajo elemental,²² y resulta innovador porque utiliza modelos y ejemplos de un cuerpo de textos escritos en su mayoría por mexicanos y mexicanas nacido/as²³ después de la guerra de Independencia.

Al señalar las apuestas y posiciones estéticas de Córdoba, es posible dimensionar el contexto en el cual se va constituyendo una tradición literaria, una renovada incursión del pensamiento conservador en la formación de las juventudes. Si bien Altamirano, Ramírez, Guillermo Prieto y otros liberales atacaron duramente la ré-

²² Dentro del propósito didáctico de Córdoba hay una preferencia por los textos “elementales” sobre los tratados u obras profundas como vehículos de enseñanza, así se testimonia también en su *Historia elemental de México* (1892).

²³ Nos permitimos el énfasis porque otra virtud de este manual es haber incorporado a varias poetas mexicanas, algo muy poco común en la época.

mora pedagógica de la Iglesia católica, Córdoba parece aventurar una avanzada a través de este *Manual* que se nutre de la literatura mexicana de su tiempo: incorpora voces diversas, entre ellas de poetisas mujeres, con lo cual busca presentar un modelo de la buena lectura frente a la “moderna literatura francesa”.²⁴ Estas características le dan cierta trascendencia a la obra, a tal punto que podemos inferir que se trata de una fuente importante para la *Historia crítica de la poesía en México* (1885) de Francisco Pimentel, la primera historia formal de la literatura mexicana.

El preceptista michoacano formado en Puebla dedica este manual a sus discípulos de manera fervorosa: “Aceptad, repito, el humilde libro; en él va un voto ardiente de mi alma por vuestra felicidad y la de toda la juventud estudiosa, dulce esperanza de la patria” (Córdoba, 1879: II). Estos jóvenes son sus estudiantes en la Escuela de Jurisprudencia de la Sociedad Católica de Puebla. Los conservadores en México no dejaron de agruparse y de constituir diversos organismos que garantizarían la formación y preparación de nuevas generaciones cuando fuera momento de volver al campo político. Es así como Córdoba, gracias al magisterio en estos grupos y a las publicaciones en la prensa católica, formaría parte fundamental del movimiento conservador durante la República Restaurada.

El *Manual* está concebido como un texto programático para educar en el buen gusto literario de las juventudes católicas y de aquellos recelosos de la instrucción positivista de Gabino Barreda. Si bien hasta ahora no contamos con evidencia de que tuviera mayor impacto más allá de las Sociedades Católicas, lo cierto es que el canon que postula nos sorprende por las coincidencias con el programa literario liberal; incluso, Córdoba llega a reflejar una poesía mexicana del siglo XIX más diversa que la que conocemos usualmente.

El maestro de las juventudes católicas en la República Restaurada decide formular una guía para la comprensión y el estudio de la literatura desde lo básico, siguiendo como modelo la *Retórica y poética o Literatura preceptiva* (1872) de Narciso Campillo y Correa, para quien el asunto de “elemental” no debe pasar por alto conceptos fundamentales:

Por tal razón [enlazar el conocimiento de las ideas] me aparto del camino trillado, introduciendo al comenzar la obra varias lecciones que algunos juzgarán extrañas en un libro

²⁴ Córdoba sigue aquí una propuesta católica de prevenir contra la “nociva” lectura de gran parte de la literatura francesa que se escribió en y a partir de la Revolución francesa. El antecedente inmediato de nuestro preceptista fue su maestro Manuel Pérez Salazar y Venegas, quien en 1866 publica *Examen crítico de las doctrinas religiosas y morales que enseña la moderna literatura francesa*. Cabe señalar que esta crítica fue una constante en Puebla hasta el siglo XX, con obras como *Valor estético de las obras de la escuela decadentista* (1902) de Atenodoro Monroy o el desdén de varios articulistas de la revista *Don Quijote* (1908-1911) contra un modernismo francés amoral.

elemental. Lo que yo siempre hé juzgado extraño, y aun absurdo, es hablar á cada paso al discípulo de bellas artes, artes liberales, genio, gusto, crítica, belleza y sublimidad, sin explicarle antes y con tiempo el significado y valor de estas palabras, como suponiéndolo yá tan sabido, que sea oficioso y supérfluo declararlo (Campillo, 1872: 2).

Este carácter elemental de ambas preceptivas no se refiere tanto a un texto divulgativo como a un tratado conciso que parte desde una base de conocimientos previos, ya sea la filosofía o la naturaleza de la literatura. Aunque de manera menos extensa y profunda que Campillo y Correa, Córdoba decide seguir este mismo esquema de ilación lógica.

Otra fuente de la época de la cual “El cura de la Sierra” se declara deudor es *Elementos de literatura* (1856) de José Coll y Vehí, al parecer una de las preceptivas que marcó el siglo XIX español, donde se rompió con la definición neoclásica de retórica y se incorporó el impulso nacional de la literatura. La retórica deja de ser, entonces, el catálogo de modos para persuadir y se convierte en la ciencia de la elocución para perfeccionar la expresión y transmisión del pensamiento, ya sea de manera oral o escrita.²⁵ Esta obra de Coll y Vehí también debe al romanticismo alemán el giro histórico-crítico de la literatura para relacionarla con las costumbres, con la vida de un pueblo, dejando la noción de bellas letras para las obras clásicas grecolatinas. Córdoba, en su afán didáctico-formativo, propone un tratado elemental que comienza con la definición de conceptos básicos, como literatura, estética, bellas letras y literatura nacional; posteriormente, demuestra lo que es la elocución para ramificar el pensamiento y el lenguaje en una serie de preceptos, en lo que se refiere a las cláusulas, las figuras, los tropos, las elegancias, el estilo, para concluir con una clasificación de composiciones en prosa y verso tanto orales como escritas.

De ese modo, el *Manual* adapta las últimas nociones de instrucción literaria al contexto particular mexicano, que, por supuesto, debe mucho al español. Por ejemplo, Córdoba hace suya la defensa del castellano frente a la invasión de galicismos en las composiciones, como ya lo había denunciado Campillo y Correa al inicio de su prólogo. A ambos les parece que la falta de claridad y corrección en el habla, al igual que en la escritura, de las jóvenes generaciones se debe a la carencia de un aprendizaje adecuado de la retórica y la poética en lengua española. Por ello es que, primero Campillo y Correa, y luego Córdoba, trazan sus preceptivas con objeto de brindar el suficiente conocimiento elemental para evitar los errores comunes de elocución. Por

²⁵ Al respecto, es interesante notar cómo la poética se convierte en un catálogo de preceptos. Por lo tanto, disentimos de Francisco Emilio de la Guerra en su loable ensayo “*El manual de literatura mexicana* de Tirso Rafael Córdoba”, pues consideramos que no se trata de una preceptiva de cuño neoclásico, sino, más bien, de inspiración clásica con vistas a conformar una literatura nacional.

consiguiente, si las jóvenes generaciones acuden a los galicismos es porque desconocen “las voces tanto ó mas enérgicas, expresivas y sonoras que las ajenas” (Córdoba, 1879: 20).

En donde Córdoba se separa de ambos modelos de instrucción literaria es en el uso de ejemplos literarios mexicanos. Insistimos, por tanto, que el adjetivo “hispano-mexicano” busca mostrar un nuevo punto de partida, distintivo, desde la formación de una literatura nacional. La temática la presenta a modo de preguntas y respuestas que simulan un diálogo.²⁶ El mismo Coll y Vehí, pero en 1866, publicó un libro titulado *Diálogos literarios* en el que exponía diversos temas de la literatura bajo la forma del diálogo socrático. Sin embargo, Córdoba lo reproduce de manera más esquemática, sin dar pauta a una dialéctica, lo cual nos remite más al formato de los catecismos como método didáctico que facilita la lectura, al igual que la comprensión de lo que se enseña:

¿Qué son voces “cultas?”

Las que se han tomado ó se toman de las lenguas griega o latina con posterioridad á la formación de la nuestra, y sirven, por lo común, para breves explicaciones científicas.

¿A qué dio lugar el abuso de semejantes voces?

A la plaga que se llamó “culteranismo”, ó “gongorismo,” del nombre de su iniciador y gran campeón D. Luis de Góngora y Argote, quien arrastró en su caída á muchos poetas y prosadores de los siglos XVII y XVIII, cuya escuela contagió, como era natural, á nuestra México por aquel entonces.

¿Pero ha cesado entre nosotros el mal?

Desgraciadamente no: ántes puede decirse que, á pesar de los esfuerzos de nuestros doctos y amantes de la buena literatura, se ha visto renacer tan funesta escuela, empujada hácia ese triste pasado por el “neo-romanticismo francés” (Córdoba, 1879: 21).

²⁶ Rosaura Hernández Monroy, en su capítulo “*Catecismo de retórica* de Manuel de Moreno y Jove: El arte de enseñar de viva voz”, nos recuerda que: “En México, los catecismos en el siglo XIX eran de amplia circulación, porque presentaban una opción didáctica para muchas disciplinas independientes de la educación cristiana. Su estructura de preguntas y respuestas resultaba eficiente para un fácil aprendizaje. Se publicaron catecismos como: *Catecismo elemental de historia de México desde su fundación hasta mediados del siglo XIX*, elaborado por José María Roa Bárcena” (Hernández, 1998: 64). Esta última obra nos parece una referencia para los dos manuales de Córdoba; sin embargo, no habría que descartar la procedencia renacentista del diálogo humanista en castellano con antecedentes claros como Juan de la Encina o *Diálogo de la lengua* de Juan de Valdés, quienes, a su vez, se sirven de la amplia tradición clásica: Platón, Cicerón, etc. Pero para Rafael Cano, “La finalidad mayoritariamente didáctica del diálogo renacentista prototípico atenúa para algunos lo que para otros sería un indicio de la mentalidad humanista heredera de la clásica: la igualdad democrática de los intervinientes en la adquisición de la verdad” (Cano, 2016: 144).

De modo que lo más destacado de este *Manual* es apelar a la naciente literatura mexicana como modelo para su preceptiva. Antes, ningún otro tratado de estudios literarios en México, de los que hasta ahora se tiene noticia, se había aventurado a citar poetas y prosistas mexicanos contemporáneos del siglo XIX. Como lo establece Córdoba en su declaratoria inicial, se trataba de formar a las jóvenes generaciones en el buen gusto literario para encaminar eso que aún era una literatura mexicana en ciernes. Su selección, entonces, tuvo como guía la noción de la *optimae litterae*. Para ello, se centra en dos figuras clave del conocimiento, traducción y uso de los modelos clásicos en México: Manuel Carpio (1791-1860), quien era reconocido por Roa Bárcena como “el príncipe de los poetas líricos mexicanos”, y Alejandro Arango y Escandón (1821-1883), segundo director de la Academia Mexicana de la Lengua. Estos dos autores, que produjeron gran parte de su obra en Puebla, bastiones del neoclasicismo, impulsaron el conocimiento del latín y griego para realizar traducciones; Carpio, incluso, se dedicó al hebreo. Ambos forjaron la literatura mexicana desde la Academia de San Juan de Letrán, aunque posteriormente fueran relegados y desconocidos por sus alumnos en la segunda época del Liceo Hidalgo. Su aparición en el *Manual* se justifica en tanto que se presentan como modelos contemporáneos de la correcta, y hasta sublime, expresión literaria. Otros maestros mencionados, aunque no citados tan profusamente como los anteriores, son: fray Manuel Martínez de Navarrete, José María Roa Bárcena, José Rosas, Miguel Jerónimo Martínez e Ignacio Manuel Altamirano.

Además, llama la atención que haya compilado una selección no desdeñable de poetas mexicanas de la segunda mitad del siglo XIX: Isabel Prieto de Landázuri, Rosario Flores Alatorre, Soledad Manero de Ferrer, Esther Tapia de Castellanos, Gertrudis Tenorio Zavala y Rosa Carreto. Incluye, incluso, a Rosa Espino, seudónimo de Vicente Riva Palacio. Aparecen varios alumnos de la Academia de Letrán: Ignacio Rodríguez Galván, Guillermo Prieto, Ignacio Manuel Altamirano; del Liceo Hidalgo: José Tomás de Cuéllar, Félix María Escalante y José María Esteva. Pero, también, acusa algunos defectos, por ejemplo, los siguientes versos de Justo Sierra le parecen un caso de pensamiento falso, porque “de ningún modo van conformes con la naturaleza de las cosas” (Córdoba, 1879: 11):

Hijos queridos del león “Derecho,”
 Mas tremendo que el león de las Españas,
 A quienes dieron gigantesco lecho
 Las rocas de granito en las montañas;
 A cuyo pie “palpitan los torrentes,”
 Y las “águilas cantan” en la hora
 En que “besa” las tumbas “insurgentes”
 “Con su sonrisa de mujer la aurora” (Córdoba, 1879: 11).

Varios de los juicios que emite Córdoba a lo largo de esta poética nos permiten conjeturar que su noción de buen gusto literario se encuentra apegada a los clásicos grecolatinos y a una lengua y tradición castiza que no debe ceder ante la fuerte influencia francesa “neorromántica”. Sin embargo, se nota la búsqueda de un punto de equilibrio entre los extremos clásico y romántico: “¿A qué extremos conduce el confundir todas las reglas entre sí? Al de la rigidez que llaman ‘clásica’ y esteriliza, si no es que mata, muchos preciosos talentos; ó al de esa libertad sin freno y más perniciosa todavía, que arrastra á la escuela ‘romántica’ en sus extravíos y ha despeñado en un abismo á tantas inteligencias superiores” (Córdoba, 1879: 4).

Estos polos, lo clásico y lo romántico, serán también el punto de discusión del cual se vale Francisco Pimentel para trazar un par de capítulos en su *Historia crítica de la poesía en México*. Previo a este magno trabajo, Pimentel ya había publicado su *Biografía y crítica de los principales poetas mexicanos* (1868), al cual alude Córdoba en una cita. Por eso suponemos que entre ambos críticos existe una noción de la literatura mexicana que se presenta de manera programática en las últimas tres décadas del siglo XIX, pero que fue poco valorada en el momento en que se consolidó el canon de la literatura mexicana hacia la segunda década del siglo XX. Resulta interesante notar la lectura que hacen de Sor Juana Inés de la Cruz, de quien, si bien no cuestionan su valor literario, sí expurgan sus obras para destacar unas y desprestigiar otras. El *Primero sueño* Córdoba lo expone como ejemplo del “pensamiento confuso”; los versos iniciales le parece que “se presentan sin el debido enlace, [o] en el cual se mezclan ideas que debían proponerse separadamente” (Córdoba, 1879: 13). Posteriormente, Pimentel intentará también una lectura de esos versos y emitirá el siguiente juicio: “¿Qué se saca en limpio de todo esto? Nada absolutamente, y lo mismo fuera si nos propusiéramos aburrir al lector insertando la composición entera” (Pimentel, 1869: 169). La idea, que se contrapone en ambos preceptistas a la *oscuritas* de inspiración gongorina, es la de la facilidad en el entendimiento de las figuras.

El contexto que motiva a ambos críticos para considerar de buen gusto la claridad expresiva está determinado por la necesidad social de difundir y propalar una literatura con la que la mayoría de los mexicanos se sintieran identificados. Así es que tanto el *Manual de literatura hispano-mexicana* como la *Historia crítica de la poesía en México* tenían el propósito de fomentar una identidad patria a través del orgullo de su reciente literatura. No obstante, este proyecto, lo sabemos de sobra, se diluyó pronto; en parte, por una cuestión ideológica, pues tanto Córdoba como Pimentel habían colaborado con el imperio de Maximiliano y eran combativos católicos a favor de la educación religiosa. Pero si recordamos que el proyecto de la revista *Renacimiento* de Altamirano se encaminaba a conjuntar a liberales y conservadores para conformar una literatura nacional, pensamos que su pronto olvido se debe más a una cuestión de enfoque en la construcción de la literatura mexicana.

Si bien, como lo hemos referido, Córdoba y luego Pimentel consideran como base para esta literatura la *optima litterae* que reside en las glorias del Siglo de Oro español con algunos modelos neoclásicos, para Altamirano y sus allegados se trata de reinventar una stirpe indígena a partir de obras literario-históricas: poemas, dramas y novelas que idealizan a personajes previos y contemporáneos a la conquista española. En tiempos de la República Restaurada se buscaba sanar la cicatriz que habían dejado los distintos conflictos entre liberales y conservadores a lo largo del siglo XIX, por lo que se apostó por una literatura de temática identitaria y no de preservación de añejas tradiciones.²⁷ En ese sentido, las lecciones de Altamirano resultaron más adecuadas para el ambiente positivista de la paz porfiriana, y pronto, con el ideal moderno, pareció más fácil acudir a una visión actual de la cultura mexicana desde fuentes inmediatas. De tal suerte que esa será la historia literaria de México tal como la conocemos y que poco hemos pensado.

Resulta fundamental revisar nuevamente la obra de Tirso Rafael Córdoba —y la de otros escritores de la época—, quien fue relegado pronto por sus afinidades políticas e ideológicas sin darle algún mérito en lo literario. Si para un crítico de la talla de Alfonso Reyes el trabajo de Agüeros le parecía de poca valía por registrar solo a autores católicos, se entiende que Córdoba haya sido fustigado y después olvidado por su ideología conservadora y su apoyo al imperio de Maximiliano.²⁸ Retomar las lecciones y los juicios de Tirso Rafael Córdoba, así como los de otros críticos de la época hoy olvidados ayudaría a conformar una cultura literaria mexicana más diversa y apegada a la realidad de su momento.

Bibliografía

ABADIE, Maité Claire

“Retórica del discurso en dos obras históricas de Tirso Rafael Córdoba, una ideología de la identidad mexicana en el siglo XIX”. Tesis de doctorado. Puebla: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2019.

AGÜEROS, Victoriano

Escritores mexicanos contemporáneos. México: Ignacio Escalante, 1880.

Obras literarias. I. Artículos sueltos. México: Imp. de V. Agüeros, Editor, 1897.

²⁷ Incluso, esta idea de una literatura actual y pujante provocó que se dejara de lado la obra de las mujeres escritoras, quienes —parece innegable desde las lecciones del *Manual...*— no eran tan desconocidas por los lectores y los críticos, entre ellos, Córdoba y Altamirano, como lo son en la actualidad.

²⁸ A manera de evidencia, ofrecemos este juicio de García Cantú: “La política de conciliación del porfiriato haría respetable a Tirso Rafael Córdoba, echando al olvido su verdadera obra [se refiere a *El Sitio de Puebla*] [...] Pero las obras citadas no pudieron borrar lo que fue, en realidad, Tirso Rafael Córdoba. Nadie vive a contrapelo de sí mismo” (García, 1987: 95).

CAMPILLO Y CORREA, Narciso

Retórica y poética o Literatura preceptiva. Madrid: Segundo Martínez, 1872.

CANO AGUILAR, Rafael

“El diálogo renacentista entre la conversación y la escritura: sobre el *Diálogo de los pajes de palacio* de Diego de Hermosilla”, en Antonio Miguel Bañón, María del Mar Espejo, Bárbara Herrero y Juan Luis López Cruces (editores). *Oralidad y análisis del discurso. Homenaje a Luis Cortés Rodríguez*. Almería: Universidad de Almería, 2016, 141-160.

COLL Y VEHÍ, José

Elementos de literatura. Madrid: Imprenta y Estereotipia de M. Rivadeneyra, 1856.

Diálogos literarios. Barcelona: Librería de Juan Bastinos é Hijo, 1866.

CORDERO Y TORRES, Enrique

Poetas y escritores poblanos. Puebla: Nieto, 1943.

CÓRDOBA, Tirso Rafael

El Sitio de Puebla: apuntes para la historia de México sacados de documentos oficiales y relaciones con testigos fidedignos. Puebla: J. M. Vanegas, 1863 [1892].

Poesías. Chalchicomula, Puebla: Tip. del Colegio de San Luis Gonzaga, 1874.

Manual de literatura hispano-mexicana. Veracruz/Puebla: La Ilustración, 1879.

Historia elemental de México. México: Juan Valdés y Cueva, 1892 [1881].

Diccionario de la lengua española

23.^a edición. Madrid: Real Academia Española, 2014.

FUENTES GUTIÉRREZ, Sergio

Tamirensis Carmina: *biografía del padre Federico Escobedo y Tinoco Tamiro Miceneo*. Puebla: Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de Puebla, 2001.

GARCÍA CANTÚ, Gastón

El pensamiento de la reacción mexicana. Historia documental (1860-1926). Tomo II. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1987.

GUERRA, Francisco Emilio de la

“El *Manual de literatura mexicana* de Tirso Rafael Córdoba”, en Jorge Ruedas de la Serna (coordinador). *De la perfecta expresión. Preceptistas iberoamericanos, siglo XIX*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1998, 165-176.

HANS, Albert

La guerre du Mexique selon les mexicains. Paris: Berger-Levrault & Compagnie, 1899.

HERNÁNDEZ MONROY, Rosaura

“*Catecismo de retórica* de Manuel Moreno y Jove: El arte de enseñar de viva voz”, en Jorge Ruedas de la Serna (coordinador). *De la perfecta expresión. Preceptistas iberoamericanos. Siglo XIX*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1998, 59-71.

LITTRÉ, Émile

Le Littré. Dictionnaire de la langue française. Paris: Hachette, 1863. Consultado en: <<https://www.littre.org/>> [15/12/2021].

MÁRQUEZ MONTIEL, Joaquín

Hombres célebres de Puebla. México: Jus, 1952.

MARTÍNEZ, José Luis

La expresión nacional. México: Oasis, 1984.

MARTÍNEZ, José Luis (editor)

Seemblanzas de académicos. Antiguas, recientes y nuevas. México: Fondo de Cultura Económica, 2004.

MEADE DE ANGULO, Mercedes (selección y prólogo)

Hombres notables del estado de Puebla. Puebla: Gobierno del Estado de Puebla, Secretaría de Cultura, Comisión Puebla V Centenario, 1991.

O’GORMAN, Edmundo

México: el trauma de su historia. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1997.

PALMA CASTRO, Alejandro y Alicia V. RAMÍREZ OLIVARES

Elabores para una historia literaria de Puebla durante el siglo XIX. Puebla: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla/Ediciones de Educación y Cultura, 2010.

PIMENTEL, Francisco

Biografía y crítica de los principales poetas mexicanos. México: Imprenta de Francisco Díaz de León y S. White, 1869.

Historia crítica de la poesía en México. México: Librería de la Enseñanza, 1885.

QUIRARTE, Martín

Historiografía sobre el imperio de Maximiliano. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1970 (Serie de Historia Moderna y Contemporánea, 9). Consultado en: <www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/127/historiografia_imperio.html> [02/12/2021].

REYES, Alfonso

“Don Victoriano Agüeros”, en Alfonso Reyes. *Obras completas*. Tomo I. México: Fondo de Cultura Económica, 1996, 283-289.

RUIZ CASTAÑEDA, María del Carmen y Sergio MÁRQUEZ ACEVEDO

Catálogo de seudónimos, anagramas, iniciales y otros alias usados por escritores mexicanos y extranjeros que han publicado en México. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 2000.

